

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS EN LA CEREMONIA DE INSTALACION DE LA NUEVA JUNTA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

*(Acto realizado en el Insitituto Nacional del Cultura el jueves 25 de febrero de 1982)*

Privilegio insólito es para mí, señor Presidente, recibir hoy de manos de mi maestro José Jiménez Borja, la Dirección de la Academia Peruana de la Lengua, en ceremonia a la que usted ha aceptado asistir, dentro del afán que lo anima y que ha animado a toda nuestra generación, de hacer del Perú y de su cultura, el basamento de una doctrina y de una acción.

El extraordinario privilegio se acrecienta al repasar los nombres de mis antecesores: Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado, José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada y José Jiménez Borja, adalides de la conservación del idioma castellano dentro de la constante renovación del lenguaje con la fuerza constructiva cultural del pueblo peruano y su particular idiosincracia, que ejercen su dinámica coloquial sobre el idioma de todo el mundo hispano hablante.

Quiero en esta oportunidad reiterar algunos aspectos del especial papel de una Academia como la Peruana y de la tradición popular como pivote propulsor de la constante transformación del lenguaje dentro del cauce que le señala

la estructura del idioma, como aguas que constantemente se renuevan para desembocar en el mar común de una lengua que une a tantos pueblos; con la doble figura de integración y de perseverancia, al mismo tiempo, de las peculiaridades que podemos llamar nacionales.

Como se sabe, nuestra Academia adquirió carta de ciudadanía en 1887, contando con la presencia de "académicos correspondientes" de la Real Academia Española que, por natural proceso de emancipación, formaron la célula nativa. Entre el 5 de mayo de ese año de 1887 en que presidiera la comisión organizadora de la Academia, José Antonio de Lavalle y el 30 de agosto en que se instala definitivamente bajo la dirección de Francisco García Calderón, se establecen las bases constitutivas de una institución que al decir de aquel ilustre escritor: "no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español, pero se dedicará a seguir el movimiento intelectual del pueblo peruano estudiando sus usos y costumbres, comunicándolos a la vez a las Academias Hispanoamericanas y a la de España para de esa manera uniformar el idioma en general". Como lo he dicho recientemente: "La Academia no es sino recolectora del movimiento lingüístico. No puede regir ni detener el cambiante uso. En el caso peruano tiene por tareas: evaluar el estado del idioma en nuestro país, comprobar la validez de nuestros peruanismos para darles el cauce de ser incorporados a la gran corriente del habla española, trabajar por una gramática castellana que esté en contacto con las fuerzas vivas de la lengua y recomendar y orientar el mejor uso del castellano a través de los medios de la docencia y de la comunicación social.

Muchos escritores no gramáticos formamos parte de la Academia Peruana de la Lengua porque el escritor representa vivamente el movimiento idiomático de un pueblo, aunque al parecer se aparte, a veces, de las corrientes ortodoxas de la lengua; y la Academia debe trabajar ma-

yormente sobre el material escrito aunque recoge, así mismo, las fuentes orales, en constante flujo de renovación, en donde quedan depuradas las palabras como a través del cernidor las pepitas de oro que el minero recoge en los lavaderos dentro de una gran masa de tierra, piedras y otros metales. Estamos, además, presentes aquí, gente de variada generación y tendencias y así se interfluyen los caminos de la lengua en el tiempo y en la orientación de los mismos. Y es bueno ratificar hoy que nuestra Academia ha tenido siempre un amplio sentido renovador y dinámico. Y que esa posición nació de su animador, reorganizador más tarde y patrono, por antonomasia: Ricardo Palma, inspirado creador de vocablos —como dijera en alguna otra oportunidad— “caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban por encontrar su cauce y su validez universal. Fue Ricardo Palma el que señaló uno de los caminos de introducción de los americanismos en la Lengua Castellana y el que supo animar su obra no con rigidez academista sino con alerta vena popular, con franca utilización del giro nuevo y de la aplicación de las normas que dicta aquel supremo legislador que es el uso de la lengua. En carta a Manuel Tamayo y Baus, Secretario de la Academia Española, en 1879, Palma le dice sin embargo que en América hay muchos como él, que tratan de conservar la pureza de la lengua, en lo que ésta tiene de vía de permanente relación entre pueblos que nacen de un mismo esfuerzo culturizador; y es allí donde la conservación del espíritu del idioma es indispensable, para mantener una comunidad de pueblos que se entienden precisamente porque hablan un mismo lenguaje, y nos toca coordinar los hábitos de renovación que soplan en distintas regiones para mantener el denominador común de nuestro entendimiento”.

Y añadí entonces que “me complazco y me honro en pertenecer a esta Academia, que ha contado y cuenta con

tan valiosas figuras de nuestra literatura y que supo asimilar y recibir a tan dispares escritores, desde los tiempos de los Cisneros, los Camacho, los Paz Soldán, que como los casos de Eguren, de Martín Adán y de Ciro Alegría han representado precisamente verdaderas revoluciones literarias, en el más alto plano”.

Al lado de Ricardo Palma habría que señalar la presencia de José Gálvez en esa tarea. Es de todos conocida la anécdota aquella en que Ricardo Palma le envía su pluma de tradicionista para la consecución del tema popular en nuestro medio y cómo Gálvez a la vez plantea la *Posibilidad sobre una genuina literatura nacional*. Palma se llena de antiguas y nuevas voces españolas y locales para dar el ancho capítulo de las *Tradiciones Peruanas*. Gálvez vive de la tradición, particularmente limeña, para concebir una expresión literaria que corresponda al espíritu de nuestro pueblo y el léxico de nuestro país.

Permítanme que me detenga ante la imagen de Gálvez, poeta, maestro universitario, creador de una prosa que seguía los grandes delineamientos de Palma. Y es que a Gálvez sucedí en la Cátedra de Literatura Antigua, allá por el año 1939. Y a él le debo la transferencia de un legado espiritual; como él se lo debió a Palma.

Había llevado a sus alumnos en viaje por el Mediterráneo siguiendo a Ulises y había deleitado con el periplo de éste, con el encanto del mundo homérico por donde él se paseaba, al igual que se detenía ante los muros de Troya para hablarnos de la “cólera de Aquiles”; y, luego, ante la devastación de Ilión y el viaje de Eneas contado poéticamente por Virgilio, siguiendo igual derrotero que el del “odiseo”, para ir a fundar Roma por designio de los dioses, después de las mil peripecias literarias en que hace dúo con Homero el poeta romano de las Eglogas, las Geórgicas y la Eneida. Pero, al mismo tiempo, Gálvez había escrito una poesía de un modernismo atemperado donde surgía

la voz peruana, adelgazando estridencias, temblando en la expresión con la "tristeza de un piano", con la melodía de la paisana, con el cálido acento de la jazminera, con "pianitos ambulantes" y "marineras" y "cometas" y "caballos de paso" con "chalanos criollos"; pero también un "Canto Jubilar a Lima", al que sigue la melancolía de un crepúsculo sobre la costa peruana. Una novela corta, "La boda"; unas crónicas evocadoras de su ciudad; y el tratado sobre *Posibilidad de una genuina literatura nacional* hacen de él el continuador del lenguaje de una clase media peruana en busca de una expresión propia dentro del idioma español, en persecución de la inmensa tarea realizada por su antecesor Palma. Son los años en que Víctor Andrés Belaúnde busca en el campo de los estudios sociales la "realidad nacional". Hay en Gálvez como en Palma la franca afirmación de un "nacionalismo" literario dentro del impresionismo de comienzos de siglo y alternando su profunda incursión en la literatura universal y en el habla castellana con el giro peruanista, con la utilización de los elementos populares que halla a la mano.

José Carlos Mariátegui afirma que "las *Tradiciones* de Palma tienen política y socialmente, una filiación democrática" y que traduce "el mal contento zumbón del *demos* criollo"; y haciendo la crítica de su tiempo añadiría que "malgrado sus limitaciones, es también de este Perú integral que en nosotros principia a concretarse y definirse". Y al hablar específicamente de José Gálvez, a quien señala como un romántico que ha atemperado la verbosidad de Chocano, lo considera un "heterodoxo" de lo que él considera el carácter del grupo "futurista" y que responde también al lenguaje popular de la clase media de nuestro país. Pero aún más. Al insistir en su trabajo sobre *Posibilidad de una literatura genuinamente nacional*, Mariátegui cita largamente a Gálvez. "Por mucho que sean civilizaciones desaparecidas y por honda que haya sido la influencia espa-

ñola —escribe— ni el material mismo se ha extinguido, ni tan puros hispanos somos los que más lo fuéramos, que no sintamos vinculaciones con aquella raza, cuya tradición áurea merece un recuerdo y cuyas ruinas imponentes y misteriosas nos subyugan e impresionan” . . . Y continuó citando a Gálvez. “Precisamente porque andamos tan mezclados y son tan encontradas nuestras raíces históricas por lo mismo que nuestra cultura no es tan honda como parece —y en esto andaba errado— el material literario —y por ende lingüístico, podemos añadir— de aquellas épocas . . . es enorme para nosotros” . . . “y porque alguna levadura debe haber en nuestras almas . . . de la lucha de dos razas, la indígena y la española, cuando aún nos encoge el alma y nos sacude con emoción extraña y dolorida la música temblorosa del yaraví” . . . Continuaría hablando cómo no puede partir nuestra historia de la Conquista, sino de un pasado mucho más lejano y cómo nuestros problemas sociales tan propios y especiales deben ser considerados dentro de una literatura particular. Esas razones socio-culturales determinan también modalidades del lenguaje que ya Ricardo Palma había recogido y llevado pacientemente ante el resto de las Academias de habla española para que fueran incorporadas a un contexto que unificara nuestra lengua sin detrimento de los aportes esenciales de la realidad social y del consiguiente léxico de una nacionalidad como la nuestra.

Decía yo en mi discurso de incorporación a la Academia, en 1965: “Antes de comenzar el que ha de ser propiamente el tema de mi discurso, quisiera pedir algo que creo es común a las Academias del mundo, que cada sillón tenga, antes que su número, el nombre de su patrón literario, bajo cuya advocación realice el intelectual su tarea. Yo pediría, si fuera posible, sentarme en una silla que tenga por cabecera el nombre de José María Eguren, aquel diminuto y humilde hombre, que transformó el lenguaje

poético de su tiempo, que supo hablar con antiguas palabras extraídas de viejos tesoros guardados del idioma, pero también con nuevas expresiones que no desdecían la belleza del mismo y que servían para abrir caminos en la imaginación y surcos en el sentimiento. Es José María Eguren un símbolo de lo que es esta Academia Peruana de la Lengua —abierta a todos los horizontes—: una atractiva figura de renovación y de conservación, de rebelión y de mantenimiento de valores, a la que acojo fervoroso, con la misma unción con que lo ví por primera vez en mi adolescencia; con la misma unción con que acompañé su cadáver en aquel abril de 1942. Fue Eguren solamente reconocido en su alta calidad por el grupo Colónida; y capitán de ese grupo que inició una etapa de nuestra vida literaria fue Abraham Valdelomar”, a quien seguiríamos entonces en algunas facetas de su personalidad. Valdelomar supo descubrir con otros el valor poético de Eguren.

El tiempo me ha hecho meditar en aquello. Y ahora siento como una presión de las dos fuerzas que han hecho posible mi creación literaria: el sentimiento universalista de una literatura que tiene honda vertiente en aquel mundo antiguo mediterráneo y por otro la intensa búsqueda de la expresión peruana. Y vuelvo los ojos a quien me cediera la cátedra para hacer de ella vínculo con los estudiantes de tantas y tantas generaciones, transmitiéndoles el doble mensaje enunciado y la constante presencia de la renovación o del renacimiento, por encima de todos los perecimientos y de todas las muertes y me hallo ante la imagen de José Gálvez, del Gálvez buscador de la belleza en la palabra de todos los tiempos y del Gálvez tenaz rastreador de las fuentes vivas del lenguaje dentro de la expresión peruana de la literatura.

Quisiera, por ello, ratificar, ahora, en mi condición de Director de la Academia Peruana de la Lengua, la necesidad de que cada sillón de la misma tenga un nombre

patrono. Son treinta y seis nombres de peruanos ilustres que han pasado por ella y que deben ser señalados como mentores para dignificar a través de ellos nuestra tarea.

Actualmente son 30 los Académicos, según el Estatuto respectivo. Dejo para ilustres colegas por orden de antigüedad el escogimiento del sillón respectivo y me permito quedarme con el de José Gálvez —al lado del de Ricardo Palma— como una afirmación de los principios enunciados. Sin que esto disminuya mi admiración y mi afecto por Eguren y su obra.

No trazaría ahora, en estas circunstancias, un plan de acción, pero sí la impaciente inquietud de una comunicación constante que ha de traducirse, por un lado, en la realización mensual de actuaciones públicas, como así mismo de nuestras sesiones institucionales, a más de las reuniones que ya realiza dos veces por mes la Comisión Lexicográfica, buscando completar ésta un Diccionario adecuado de peruanismos dentro de una intensa labor. Y el tratar de hallar los medios de relación masiva mediante los sistemas de comunicación social que hagan de la Academia Peruana de la Lengua una institución más al servicio permanente de la cultura nacional.

Hemos deseado, señor Presidente, que usted se halle entre nosotros en esta fecha de instalación de una nueva Junta Directiva, para que le preste el realce que su presencia otorga, al par que para encontrar en los Poderes Públicos, de los que usted es el Jefe del Estado, el apoyo que debe merecer la Academia Peruana de la Lengua para el logro de los altos fines que se propusieron sus iniciadores y que hemos tratado de mantener al tope los que venimos sucediéndolos en la dignísima tarea de buscar en la lengua y la expresión literaria el alma nacional del Perú.

Pido a usted se digne declarar instalada la Junta Directiva de la Academia Peruana de la Lengua por el período 1982-1985.